

REINADO DE LA JUSTICIA

Administración y Redacción
27, Rte de Vallière
1236 CARTIGNY / Ginebra
Tel. 022 756 12 08 SUIZA

Periódico mensual, filantrópico y humanitario
para la elevación moral y social

Fundador: F.L.A. FREYTAG

SUBSCRIPCIONES
Suiza, 1 año Fr. 5.--
Otros países \$ 7.--
IBAN: CH83 0900 0000 1200 0656 7

Amar al prójimo, necesidad vital

La ley universal nos muestra lo que es necesario hacer para conservar la vida. Según esta ley, para que el ser humano pueda subsistir, necesita alimentos materiales, pero también sentimientos legítimos, es decir, altruistas. De la misma manera que le son indispensables el alimento, el aire, la bebida, el descanso y el sol, también necesita tener sentimientos legítimos. Como las cosas envenenadas en el comer, el beber y el respirar son perjudiciales para nuestro organismo, igualmente los pensamientos y los sentimientos no conformes a la ley, es decir, egoístas, son terriblemente perjudiciales para nuestra salud. Hay pensamientos que nos dan vitalidad y otros que nos matan.

Para que el hombre pueda vivir eternamente sobre la tierra, es preciso que tenga pensamientos justos y buenos, es decir, altruistas, para que el espíritu de Dios pueda alimentarlo. Es precisamente lo que enseñaba nuestro querido Salvador. El dijo que no sólo de pan vivía el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios, o sea, de todas las cosas que el Eterno da para el bien de la humanidad. Nos damos cuenta así de que podemos ser viables o bien destruir nuestro organismo, según los pensamientos que cultivemos.

Como lo mencionan las Escrituras, cuando los seres humanos se dejaron seducir por el gran adversario, cayeron en su poder. Este ser espiritual les ha servido toda clase de errores con los cuales los mantiene siempre bajo su poder. Les ha inculcado pensamientos y pasiones que los han sumido en la desgracia, orientándolos en una dirección muy mala. Al haber practicado el egoísmo a ultranza, se ha cristalizado en ellos al máximo, y el resultado ha sido la muerte que a todos siega. En efecto, el egoísmo produce la impureza de los sentimientos, y cualquier impureza provoca automáticamente la muerte, porque la impureza es sinónimo de corrupción.

Por eso, actualmente los hombres son el espectáculo en todo el universo, como pobres infelices que se debaten en los espasmos de la agonía. El Eterno les ofrece la salvación al invitarlos a buscar los sentimientos legítimos, es decir, altruistas, para que puedan dirigirse hacia la vida durable.

Es con esta finalidad que nuestro querido Salvador fue enviado a la tierra. La influencia que se desprendía de él era tan poderosa que los enfermos curaban, los ciegos recobraban la vista, los sordos oían, los paralíticos andaban, e incluso los muertos resucitaban. Por una necesidad vital, una magnífica liberación fue traída

por nuestro querido Salvador cuando vino a la tierra. De esta manera ilustró de antemano lo que se manifestaría en el Reino de Dios, como resultado de su vida dada en la cruz, a fin de redimir a toda la humanidad.

Por lo demás, no tenemos ahora una enseñanza confusa que no se pueda comprender, sino que es una enseñanza muy comprensible, incluso para un insensato. En efecto, en su época el profeta Isaías anunció que en un momento dado ni siquiera los insensatos podrían extraviarse. Pues las cosas son traídas con tanta precisión y apoyadas con ejemplos tan profundos, que nadie puede errar. Los que desean acercarse, son amablemente invitados por el Señor en estos términos: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar”.

El Señor invita, ofrece estímulo, pero los que no quieren venir no son forzados. Y para llegar hasta él, no estamos obligados a pasar por toda una jerarquía, como con los grandes de la tierra. Se puede uno dirigir al Señor de día y de noche, mañana y tarde, porque está siempre deseoso de recibirnos y de escucharnos.

Nuestro querido Salvador nos aconseja seguir el camino de la legalidad, de la justicia y de la santidad. Nos dice: “Un mandamiento nuevo os doy.” Ya bajo Moisés, el Eterno mostró la quintaesencia de la legalidad al dar este mandamiento a su pueblo: “Ama a tu prójimo como a ti mismo, y a Dios sobre todas las cosas; es toda la ley y los profetas.”

Naturalmente, nadie pensaba que amar a su prójimo era una necesidad para conservar la vida. Como la generalidad, pensábamos que amando a nuestro prójimo lo favorecíamos mucho, y que era un sentimiento que éste debía apreciar considerablemente, y del cual nosotros no nos beneficiábamos para nada, a pesar del mérito que teníamos. Pero la ley universal, nos ha instruido y enseñado que si no amábamos a nuestros semejantes, no éramos viables, no obteníamos la viabilidad, porque nos falta lo esencial.

Para estar en la luz, es preciso ser conducido día tras día por el espíritu de Dios. Es solamente así como podremos llegar a amar a nuestro prójimo. Incluso si éste no es amable y si nos combate, si nos odia, debemos amarlo a pesar de todo. La vida perdurable no es posible para nosotros sin esta condición.

Los caminos del Eterno son maravillosos, inefables de bondad, de amor y de sabiduría. Las religiones pretenden que el Eterno castiga severamente a los culpables,

mientras que, en realidad, Dios no castiga a nadie. Los seres humanos se castigan ellos mismos con su línea de conducta insensata. El castigo que se infligen así es ya suficientemente terrible sin la intervención del Eterno. Por lo demás, si El castigara, haría también el mal, y Dios no hace sino el bien.

Cuando los humanos no se comprenden ni se entienden, cuando se declaran guerras y se exterminan unos a otros, la equivalencia es una gran calamidad; pero el Eterno no tiene nada que ver con esto. Es el resultado de las equivalencias. Por eso, hoy la humanidad está en vísperas de la gran tribulación, mencionada por el profeta Daniel y de la cual habló nuestro querido Salvador en el evangelio de Mateo, en el capítulo 24. Anuncia una terrible tribulación, “cual no la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá”. No es el Eterno el autor de la gran tribulación, sino que ésta viene a causa de los seres humanos que han practicado el egoísmo a ultranza. Se han hecho antagonistas unos de otros, de tal manera que su vida se hace imposible bajo la égida del gran adversario Satanás.

Cuando pensamos en lo que los hombres han preparado estos últimos tiempos, estamos fijados sobre la maldad y el estúpido egoísmo que los anima. Si ahora una guerra estallara con los últimos inventos diabólicos de destrucción, la catástrofe sería espantosa y completa. Afortunadamente que el Señor nos dice que esos días de tribulación serán acortados por los escogidos, es decir, por el real sacerdocio, la pequeña iglesia fiel que se sacrifica con nuestro querido Salvador para salvar a la humanidad.

Cuando nuestro querido Salvador estaba en la tierra, dio su vida libremente día tras día, a favor de los seres humanos. Como ya lo hemos mencionado, si sanó a enfermos y resucitó a personas que habían muerto, era para traer la viva esperanza del Reino de Dios y de la restauración de todas las cosas. El Señor fue la ilustración del súmmum de lo que la abnegación y el amor podían manifestar.

Como ahora los tiempos están consumados, nuestro querido Salvador ofrece a todos los que lo deseen el concentrado del amor divino, es decir, la vida eterna en la tierra como resultado de su sacrificio. Cada uno puede recibirla por medio de la fe, empezando una nueva vida edificada sobre la justificación, que es concedida por la fe en la sangre del Cordero de Dios, sin defecto y sin mancha.

Naturalmente, para dirigirse hacia la vida eterna es indispensable llenar las condiciones de vida. Estas se resumen en la práctica de la ley universal, que pide que cada cosa y cada ser existan para el bien del otro.

El eterno triunfo

Cada lado del Rin, el territorio de Renania posee ciudades populosas, mientras que en el sur, en Baden, hay poblaciones entre campos y bosques. Werther es oriundo de una pequeña ciudad, pero sus padres se establecieron más tarde en un burgo rural. El pueblo ocupa una depresión de terreno donde se juntan los manantiales de agua de la comarca.

Doce fuentes dan noche y día su bendito caudal para las necesidades del ganado y de la labor de las lavanderas. Altos árboles lindan campos de tubérculos o cultivos de cereales, de los cuales vive la población campesina. Los padres del niño cultivaban sus tierras e iban a vender sus productos a varias ciudades de la Selva Negra.

También, con sus productos, aprovisionaban a hoteles y colmados, y Werther, el hijo, iba con ellos. El sentimiento de ser útil de-

cuplicaba sus medios y le satisfacía más que nada. Había mucho que hacer; pues además tenía a dos hermanitos y a una hermana que en casa aprendían aún a leer.

Así la existencia era buena para toda la familia. El huerto no escatimaba sus dádivas. Las plantaciones sanas y vigorosas de la hacienda maravillaban al muchacho. El espíritu pacífico y benévolo de sus padres, así como el contacto con la clientela, prolongaban esa feliz circulación hasta los vecinos más alejados del municipio.

Werther tenía 6 años cuando ingresó en la escuela primaria. Pues no bastaba saber plantar coles para abrirse paso en la vida. A la edad de 7 u 8 años, el niño ya observó que el destino de su raza consistía en dormir, trabajar y comer. Una generación enterraba a otra después de una corta existencia sembrada de pequeñas fiestas y de grandes conflictos.

Ya muy joven Werther pensó que la salud era un bien precioso, sostenido por los

productos de la tierra. Los naturistas preconizaban las espinacas, las zanahorias y los tomates. Era el evangelio natural. La salvia y la divina hoja de col libraban de casi todas las enfermedades. Para otros, la cebolla era la reina de las hortalizas, a la cual, según dicen, los cosacos rusos del Don le debían su increíble resistencia. No obstante, a Werther le daban horror las cebollas estufadas. Pero un día, confidencialmente, la patrona de un hotel les citó el caso de un hombre aquejado de tremendos dolores del estómago. Su médico le prescribió cocerse cada día cebollas estufadas. Y ese enfermo, que tenía un pie en la tumba, se curó. En adelante, Werther no quiso más seguir su gusto, sino su salud y la de su familia. Así venció su repugnancia, y la su victoria sobre sí mismo le hizo más bien aún que la virtud de las cebollas.

Herman, el padre, era protestante, pero nunca iba a la iglesia. Esta era su forma de protestar. Solía decir a los suyos, cuando to-

caban este tema candente: “Los que predicán el evangelio no viven lo que dicen, si no, no habría guerras”. Herman, pues, estaba más cerca del libro de la naturaleza que de las ciencias universitarias.

Como su esposa (de Baviera) era católica, quería que sus hijos fuesen a la clase de doctrina en la ciudad; pues en el pueblo sólo había una iglesia evangélica protestante. Pero cuando llovía los hijos se quedaban en la iglesia evangélica. “De todos modos es lo mismo”, les decía Herman. Esta declaración dejaba así a todos la completa libertad. Pues si bien era el mismo dios, era también el mismo diablo en las religiones. En cambio, según Jesucristo, el Reino de Dios ofrecía el consolante ejemplo contrario, y es a causa de esto que Werther asistía de buen grado a la clase de doctrina, y reflexionaba sobre los diez mandamientos, los cuales contrastaban con el régimen que las autoridades imponían en todo el país, y que era el del armamento;

Esto requiere una línea de conducta del todo nueva, buena voluntad, energía y perseverancia.

En efecto, los antiguos pensamientos y los hábitos ilegales son otros tantos obstáculos para vencer. Por tanto, se trata de tener la visión del Reino de Dios, que nos muestra los resultados grandiosos obtenidos cuando seguimos en nuestro corazón las cosas nuevas. Esto nos permite vencer al adversario que, con su sugestión, procura siempre hacemos recaer en las antiguas cosas, que nos llevan al sepulcro.

Los miembros del Ejército de Dios están llamados a vencer al adversario y sus sugestiones, y a echar mano de la vida eterna, mediante la fe y la práctica de los sentimientos del Reino. Representan las primicias de la nueva Tierra, del nuevo mundo en el cual mora la justicia. Estos pasan de la muerte a la vida a causa del amor que tienen, como el Señor mismo lo dice por boca del apóstol Juan: “Sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida, porque nos amamos unos a otros.” El nos ilustró el amor divino de una manera gloriosa.

Por otro lado, el adversario nos había instruido también y sumido en el amor diabólico, que es una miserable y horrible contrahechura del amor divino. Este amor diabólico hace sufrir a todo el mundo y fomenta en la humanidad terribles decepciones.

El amor divino, en cambio, trae por dondequiera la bendición, la alegría, la paz y la armonía. Se abniega continuamente, en un absoluto desinterés, a favor de su prójimo, sin exigir nada a cambio. En virtud de este amor sublime, los pobres seres caídos que somos, condenados en Adán, podemos ser puestos de nuevo en el camino de la vida y de la felicidad.

Para esto, desde luego, se trata de ponernos a tono con el programa del Reino de Dios. Es al vivir así fielmente las condiciones de vida, que se nos propone por la gracia divina, como podemos remontar la cuesta de la vida. Cuando tenemos claramente presentes estas cosas, y que seguimos con todo nuestro corazón la ley divina, estamos entusiasmados y tenemos toda facilidad y toda certidumbre para seguir adelante.

En cambio, tan pronto como nos desviamos de la línea recta de la legalidad, empezamos a tambalearnos; somos como un barco que va a la deriva, y que ha perdido el rumbo. Es con toda clase de pequeños compromisos, infracciones al programa de vida, como nos relajamos poco a poco. Entonces la voz de nuestro querido Salvador, que es nuestro guía y nuestro Consejero en el camino de la bendición, se hace cada vez menos distinta a nuestros oídos, acabamos por no oírla más. Y cuando la voz del adversario viene a sugestionarnos, no tenemos más fuerza para resistirle.

Por tanto, es sumamente necesario que seamos vigilantes y que permanezcamos junto al buen Pastor, en su redil. Es preciso no alejarnos, si queremos beneficiarnos de su ayuda y de su socorro que nunca faltan; pues no debemos ponernos fuera de alcance de su gracia por nuestros pensamientos y nuestros sentimientos. Sabemos que el espíritu de Dios no tiene nada que ver con la ilegalidad y el egoísmo. Por tanto, no hagamos lo que lo aleja.

El programa de vida nos es presentado con benevolencia y bondad. El proceso para alcanzar la vida eterna es enseñado con toda su sencillez, al mismo tiempo que con toda su grandeza. Si lo seguimos honradamente, la bendición y el éxito no pueden faltar. Iremos de progreso en progreso y de gozo en gozo, bajo la amable conducta de nuestro querido Salvador. Podremos dispensar la bendición a nuestro alrededor y dejaremos por dondequiera la estela luminosa y bendito de un verdadero hijo de Dios.

Es lo que deseamos hacer al manifestar docilidad y humildad, teniendo un corazón bien dispuesto para

hacer la voluntad del Eterno. Entonces oiremos cada vez más distintamente la voz del buen Pastor. Esta nos ayudará a romper la tentación del adversario cuando venga a asaltarnos, y tendremos la victoria en la prueba. Así escaparemos totalmente del dominio del adversario, y vendremos a ser libres, de la libertad y de la gloria de los hijos de Dios, De esta manera nos dirigiremos con certeza por el lado de la vida y de la bendición.

Setas: maravillas de la naturaleza

Desde la *Revista WWF* N° 3/2024, reproducimos un artículo que nos llamó la atención. Se trata de las setas, y veremos que forman un mundo todavía en gran parte desconocido que puede fascinarnos.

Setas alucinógenas

Los hongos no son ni animales ni plantas. Son un grupo separado, la mayoría de los cuales aún no se han explorado. Cuanto más aprendemos sobre los hongos, más misterios quedan por resolver sobre estos organismos excepcionales.

Conocemos más de 100 000 especies de hongos, mientras que los científicos estiman que su número supera los cinco millones. Estos organismos están involucrados en muchos procesos de descomposición. En el bosque, participan en el ciclo de nutrientes al descomponer la madera y las hojas muertas. Su acción los convierte en verdaderos campeones de la naturaleza.

Por lo general, solo vemos el cuerpo fructífero del hongo. Es bajo tierra donde ocurre lo principal: los hongos producen filamentos en el suelo, tejiendo enormes redes. Las plantas y los árboles se conectan a esta red invisible con sus raíces, incluso intercambiando nutrientes. El científico británico David Read llama a este sistema “The Wood Wide Web”, por analogía con Internet.

Un estudio de los bosques de Canadá mostró que el carbono pasa de los abetos a los abedules a través de una red de hongos, y que este intercambio se produce en ambas direcciones. Depende de la estación, el carbono pasa de los árboles que tienen suficiente a los que no tienen bastante. Por lo tanto, esta red natural garantiza una distribución ideal.

La mayor red de hongos se ha descubierto en Estados Unidos, en los bosques de Oregón: se trata de una única armillaria gigante, que se extiende sobre una superficie equivalente a 1200 campos de fútbol. Ha estado creciendo durante miles de años, bien escondido bajo el suelo del bosque...

Criaturas amorfas

El hongo “Ophiocordyceps unilateralis” sorprende por su capacidad para transformar a las hormigas en criaturas desprovistas de toda voluntad. Parasita al insecto y toma el control de su sistema nervioso. Ahora, incapaz de moverse, la hormiga muere. El hongo crece y sale de la cabeza de la hormiga, desde donde continúa extendiéndose.

Otro hongo, las micorrizas, permite que las orquídeas jóvenes crezcan proporcionándoles las necesidades de la vida en los primeros años. Gracias a su red, este hongo aporta agua y nutrientes a la planta. Por otro lado, en cuanto es capaz de realizar la fotosíntesis, la orquídea le devuelve el carbono que extrae del aire. Este intercambio y la dependencia resultante son típicos de las simbiosis comunes entre plantas y hongos. La mayoría de las plantas terrestres necesitan hongos para absorber agua y nutrientes.

¡Qué maravillas y riquezas nos depara la naturaleza! Todavía estamos lejos de haberlo descubierto todo y hay motivos para maravillarnos, y sobre todo para empujarnos a alabar a nuestro Creador, el Eterno, que ha hecho cosas tan maravillosas.

Estamos hablando de un hongo que se extiende sobre una superficie igual a 1200 campos de fútbol. Este

hongo es considerado el organismo vivo más grande de la tierra. Tiene una superficie de 8,9 kilómetros cuadrados. ¿Y qué decir del intercambio de carbono entre diferentes especies de árboles desde la que más tiene hasta la que carece de él, por medio de una red de hongos? Uno podría preguntarse legítimamente, ¿qué mecanismo permite que los árboles con más carbono lo transfieran a los que tienen menos?

De acuerdo con el conocimiento que tenemos actualmente en esta materia, parece que es la red de micorrizas la que reacciona a los aumentos de concentración de nutrientes y carbono. Los árboles sanos en plena fotosíntesis producen más azúcares, que pueden ser redistribuidos a través de la red de micorrizas a los árboles que tienen menos. ¿Quién hubiera pensado que los hongos, por los que no tenemos mucha consideración, podrían cumplir tal función?

¿Y cómo no discernir detrás de todo esto, la voluntad de un Creador infinitamente sabio y bueno que creó todo según la Ley Universal para que cada ser y cada cosa fueran una bendición para toda la creación?

¡Y estos no son más que organismos inconscientes y sin voluntad! Pensemos en lo que el Eterno, Dios, puede hacer con los seres humanos, si quieren someterse a la voluntad divina. Hemos visto esto con el apóstol Pablo. De ser un ser fanático y oscurecido, se convirtió en el maravilloso apóstol Pablo, que pudo decir: “Las pruebas de mi apostolado han brotado en medio de ustedes con paciencia inagotable, con señales, prodigios y milagros”. 2 Corintios 12: 12.

Esto nos anima, nos inspira y nos muestra que “es posible”. Incluso sin pretender alcanzar alturas de espiritualidad como el apóstol Pablo, todos pueden llegar a ser hijos de Dios, porque los caminos divinos son para el corazón y todos pueden llegar a ser hombres de corazón. ¡Pensemos por un momento en las maravillosas perspectivas que nos esperan! Consideremos las promesas contenidas en la Palabra de Dios y hechas posibles por el sacrificio de nuestro amado Salvador. ¡Bien vale la pena renunciar a algunas ventajas terrenales o de alguna otra naturaleza en favor de tal ideal!

Tiempos maravillosos están a punto de emerger y estamos invitados a participar en su introducción. No descuidemos esta colaboración que el Señor nos ofrece en su obra. Seamos valientes los que nos dedicamos al prójimo, para poner fin para siempre a las lágrimas, a la desgracia y a la muerte, y para introducir el Reino de Dios en la tierra.

Una bella historia de abejas

En el periódico *La Belgique Apicole* encontramos el siguiente artículo: “Abejas, buenas samaritanas”.

La impresión general que se puede extraer de la literatura disponible es que la especie de “abeja” es cruel, incompasiva y se rige únicamente por el principio básico de la naturaleza: la supervivencia de los seres mejor adaptados.

La autora estaba intrigada por el descubrimiento de una actitud diferente entre las trabajadoras. El estudio donde se tomaron muchas de las fotos tenía colmenas de observación en el interior y varias colmenas estándar en el exterior, por lo que muchas abejas entraron en la habitación. Allí volaron inevitablemente contra la gran ventana inundada de luz solar. En un día caluroso, y a menos que se liberaran rápidamente, muchas abejas se cansarían, caerían al suelo y morirían; Una mañana, una abeja voló hacia la puerta abierta, golpeó la ventana y cayó al suelo. En lugar de renovar sus esfuerzos por atravesar la ventana, como solía ser el caso, se interesó por una abeja muerta. Después de inspeccionarla, la recién llegada caminó alrededor de ella un par de veces, luego estiró la lengua y colocó un poco de néctar en la lengua de la abeja “muerta”. Después de un segundo servicio, la abeja “muerta” comenzó a temblar y pareció que la buena samaritana

pero ay de aquel que se atreviera en Alemania a contestar esa política.

Después de una mañana fresca de un mercado de otoño, los padres con Werther fueron a restaurarse en la posada de la plaza. Allí hablaban de política, y el padre no ocultó lo que pensaba de tanto armamento, y que sería la peor de las catástrofes para Alemania y para el mundo. La madre vio luego a un hombre, que parecía estar leyendo un periódico, que se levantaba y salía. Le dijo a su esposo, notando el peligro: “¡Pronto paga la cuenta, y vámonos!” Pero antes de haber llegado a su casa, el Jefe de policía del lugar los detuvo y le dijo a Herman:

– ¿Eres tú que hablabas contra nuestro régimen político en la posada?

– ¡No intentando lo que dice usted!

Los dejaron proseguir su camino, pero no estaban fuera de peligro. Aquel día sólo llegaron a medianoche, inquietos y acongojados, y había motivo. Herman, que preconizaba el

cultivo de las frutas y hortalizas más que la industria de cañones, era la oveja negra de la región. Pero acabó por disiparse la amenaza que se cernía sobre ellos.

No obstante, sucedió lo que Herman había pronosticado con peligro de su vida, y que cualquier ciudadano podía haber previsto: Estalló la guerra mundial, preparada con tantos armamentos. Herman, a pesar suyo, fue movilizado, pero, por fortuna, nunca tuvo que llevar armas.

Werther estudiaba en el colegio la metafísica, según la cual el bien y el mal eran indisolubles. En el mundo había el pro y el contra, lo grande y lo pequeño, la mentira y la verdad. Estos problemas ambivalentes no satisfacían al muchacho. ¿Era necesario que haya ricos y pobres para el sistema social; la paz para hacer hijos y la guerra para eliminarlos? Pero si existía la mentira, también la verdad, y el niño presentía que esta última prevalecería y que la sabría un día. Entonces

tenía 12 años, y en medio de esas teorías, donde se mezclaban lo falso y lo verdadero, lo justo y lo injusto, había oído decir que la religión era el opio del pueblo, que la política los engañaba, y que con todo esto se formaba un caos en la tierra.

Entretanto el padre de Werther había sido enviado a Rusia para conducir locomotoras, consciente de la absurdidad de los acontecimientos que le obligaban a defender a su país. Como no quedaban más hombres para trabajar la tierra, el pequeño Werther fue a casa de un campesino vecino a fin de ganar algo de comer para la familia.

Finalmente, según el proverbio diciendo que el orgullo precede la ruina, fue la derrota nazi. Una vez acabado el conflicto, supieron que Herman estaba prisionero en Francia. Poco le faltó para morirse de hambre en un campo de concentración, antes de ser colocado en casa de unos amables viñateros.

Más tarde, gracias a un soldado francés en

Alemania, tuvieron buenas noticias: “Herman está bien, es muy apreciado y activo, y pueden ustedes ir al sur de Francia a vivir con él”. No se pudo realizar esa perspectiva tan soleada; pero, dos años más tarde, era Herman que dejaba Francia para volver a Alemania con los suyos. El estaba vivo y los que le condenaban habían muerto. El opresor había dejado de ser.

Werther, que hacía de aprendiz en casa de un peluquero, al cabo de tres años obtuvo con brillantez el diploma de aptitud profesional. Las ofertas de empleo afluyeron para él, y el éxito le sonreía por todas partes. Deportista, en las carreras pedestres ganaba todos los premios. En la coral de la ciudad, en medio del decorado de la Opera, era el tenor principal. Hasta le propusieron un buen partido matrimonial y abrir un salón de peluquería. Pero siempre algo se interponía para un triunfo superior.

En una importante ciudad de Renania,

la puso de pie. Después de unos minutos fue imposible distinguir a los dos insectos, porque la alimentación continuó y se completó con caricias y aseos mutuos. Luego, las dos salieron volando por la ventana que se había abierto mientras tanto.

Cuando se reprodujeron condiciones similares, las nuevas abejas se interesaron continuamente en los insectos “muertos” y, en muchos casos, los resucitaron. En otro experimento, las abejas que se habían enfriado en un refrigerador se colocaron en un lugar soleado. Tan pronto como recuperaron la conciencia, las primeras en ponerse de pie parecían estar interesadas solo en sus hermanas que aún dormían. Las alimentaron y acariciaron hasta que todas volvieron en sí antes de que se fueran volando.

Es realmente notable tener tales hechos ante uno mismo. Hay causas continuas para asombro y maravilla para los hombres que saben cómo liberarse de la espantosa corriente del egoísmo que está llevando al mundo a su ruina, para admirar a su alrededor algunas de las maravillas de la naturaleza. ¡Qué encanto para aquel cuyo corazón y ojos están abiertos a la obra de toda la creación!

Es cierto que en la actualidad debemos esforzarnos por discernir estas maravillas, porque, por desgracia, el llamado progreso de la civilización ha hecho desaparecer la armonía divina en casi todas partes. El hombre considera la creación, ya sea animal o vegetal, solo como un sujeto que se explota hasta el límite extremo, para finalmente dejar solo ruinas y cadáveres. Esto es lo que está sucediendo en toda la tierra.

Sin embargo, son muchas las personalidades que, de repente, se dan cuenta del espantoso desastre que se avecina. Pero aquí también, los intereses materiales y financieros son tan poderosos y están tan profundamente arraigados en el corazón humano, que apenas puede haber esperanza de mejora. Ocurrirá después de la catástrofe, a través de la introducción de los nuevos cielos y la nueva tierra anunciados por la Palabra divina.

Es, a pesar de todo, es con gran interés y alegría que nos detenemos en lo que aún queda de la armonía divina en la tierra en la que vivimos. Son estímulos y motivaciones para llegar a ser aún más celosos en apresurar el Día de Dios por la santidad de conducta y la piedad, como recomienda el apóstol Pedro.

¡Trabajemos por la paz!

La guerra y la paz son un tema casi inagotable sobre el que todo el mundo tiene una opinión. El texto que aquí se reproduce procede del periódico de las ciudades de Rossinière, Chateau-d'Œx y Rougemont en el cantón de Vaud, Suiza, llamado *Journal du Pays-d'En-haut*, edición del 13 de junio de 2024.

Paz para tontos

El soldado finalmente regresa a casa después de seis meses de ausencia. En el patio de su pequeña casa campestre, situada en algún lugar apartado en medio de un campo, su pequeña hija espera pacientemente. Ella sabe que su papá llegará pronto. Su madre le leyó su última carta en la que le anunciaba su regreso. Ella está feliz, él la tomará en sus brazos, la hará girar en círculos, una y otra vez. Ella envolverá sus pequeñas manos alrededor de su cuello y él la abrazará muchas veces.

El soldado con licencia se acerca a su casa. Está cansado porque ha luchado durante mucho tiempo en el frente, en el campo de batalla. Participa en una guerra, otra más, decidida por otros. No tuvo otra opción, así que disparó, le dispararon y varios de sus compañeros cayeron. Durmió poco durante la movilización y estuvo plagado de ansiedad. Sin embargo, no para morir por esto y dejar este infierno creado por sus semejantes, sino para dejar atrás una viuda y una huérfana en el dolor y la desgracia.

Después de un breve periodo de intensa felicidad, empañado por la tristeza de su inminente regreso al frente, que trató de disimular lo mejor que pudo, se lanzó una vez más al gran juego macabro de la lotería humana.

Pero ¿dónde podría tener lugar la guerra de la que hablamos? ¿Y en qué época? ¿Quizás una guerra antigua o medieval, la Guerra de los Cien Años o la Guerra de los Treinta Años, la guerra de 1870, 1914 o 1939, la guerra de Corea o de Vietnam? En realidad, no importa, es sólo otra guerra en una lista interminable. Comenzó con unos breves intercambios de palabras, luego siguió una escalada, el momento de armarse y, sobre todo, de convencer al pueblo de que la guerra era inevitable, a pesar de todos los esfuerzos de los gobiernos. Luego vinieron provocaciones más serias por parte de alborotadores experimentados, del mismo tipo que prevalecen en el patio de una escuela. Seguramente todos recuerdan a los tres chicos maliciosos que fueron capaces de causar el caos entre los veinte que se comportaban con normalidad.

Cuando las condiciones parecen estar dadas, las cosas finalmente comienzan; las flores se adhieren a las armas, aunque pronto se marchitan. En la llamada guerra moderna, se recordará que se seleccionan objetivos y que sólo se atacan instalaciones militares. Se siguen las reglas de la guerra, y si estallan disturbios, si se destruyen hospitales o se eliminan clases en las escuelas, la culpa recae en el otro bando. El nivel no superará al de las peleas de jardín de infantes, aparte de la ausencia de las madres, que lamentablemente no podrán llamar al orden a los sinvergüenzas.

Entonces el mundo se rebelará, y eso es legítimo, porque la proporción de gente que quiere la guerra es inversamente proporcional a la estupidez de quienes causan el caos. Frustrados y estúpidos desde el primer momento, sin capacidad de cuestionarse, los artesanos de la guerra han estado sembrando discordia desde la antigüedad. Su carne de cañón fueron generaciones de padres de familia, de jóvenes que aún tenían la vida por delante, de mujeres y niños que se convirtieron en víctimas de lo que irónicamente se llama daños colaterales. Sin olvidar, por supuesto, a los animales que quedan abandonados y a la naturaleza, una vez más excesivamente contaminada por los movimientos de tropas, los gases, el humo y la destrucción.

Ya se trate de territorio, de política, de ideología, de nacionalismo, de patriotismo, de religión, de riquezas subterráneas o de dominio de los mares, siempre se encuentra el (buen) pretexto. El bíceps tenso sirve para gobernar el mundo y ocultar al cerebro indolente. De donde resulta que el fin justifica los medios, el juego de la guerra hace feliz a una minoría, que a pesar de sí misma lidera a una mayoría, obligada a defenderse.

Parece anticuado escribir una palabra sobre este tema, ya que las guerras se han convertido casi en la norma. Todo se ha dicho sobre ello hace mucho tiempo, y los libros de historia están llenos de explicaciones de campañas y tácticas de guerra.

Durante siglos se ha explicado el arte de la guerra de principio a fin, como si hubiera que convertir a personas normales, vacilantes, artísticas, poéticas o no violentas en buenos guerreros, y por supuesto, sin olvidar de vencerles de que la muerte en la lucha es honorable.

Así que las cosas no pintan bien para la esposa del soldado y su pequeña hija, ya que no tienen mucho peso en esta balanza, que no es la balanza de la justicia. Por un lado, está su deseo legítimo de vivir en paz y, por el otro, el poder de gobiernos sórdidos y motivados por el dinero que se suben a la ola del nacionalismo. A esto hay que sumar las corporaciones multinacionales que explotan el caos para afirmarse, sin olvidar a los fabricantes de armas que desarrollan mil y una formas de matar.

El arte de la guerra siempre ha existido, quizá sería bueno que los belicistas comenzaran a estudiar el arte

de la paz. ¿Cuándo se publicará la primera edición del libro “Paz para tontos”?

La guerra es una vergüenza para los pueblos. La historia del soldado que regresa a casa, toma a su pequeña hija en brazos y vuelve a ver a su esposa, nos conmueve, pero al mismo tiempo nos hace tomar conciencia del horror de la guerra, que casi podría definirse con esta sencilla fórmula: Guerra: es la matanza realizada por personas que no se conocen entre sí, en beneficio de personas que se conocen y no se matan entre sí. Esta cita de Paul Valéry es correcta, pero sólo refleja parte del problema.

De hecho, debido a nuestro carácter y a nuestros sentimientos, todos tendemos a oponernos a nuestros semejantes y a menudo los consideramos rivales o incluso enemigos, en lugar de ver en ellos a un hermano a quien amar. Aquí ya tenemos el origen de muchos conflictos entre personas, que a menudo estallan por cuestiones triviales. Caín mató a su hermano Abel por puros celos. Caín representa así al primer soldado. ¡Qué terrible desilusión para nuestros primeros padres cuando tuvieron que darse cuenta de cuán profundo era el abismo de su fracaso, del pecado!

Desde entonces, la historia de la humanidad no ha contado más que conflictos más cortos o más largos, más sangrientos o menos sangrientos. Hubo incluso una Guerra de los Cien Años y una Guerra de los Treinta Años. Y si uno quisiera llegar al fondo de las razones que llevaron a la matanza de innumerables jóvenes, descubriría tristemente que estos motivos de ninguna manera justifican el sacrificio de tantas vidas humanas. Napoleón I dijo: “Perdonad a los caballos, tenemos hombres”. Cualquiera que tenga algo que ver con el ejército notará que el respeto y el cuidado por las armas es al menos tan grande como por las personas, si no mayor.

Nos parece importante añadir algunas palabras más sobre el término “guerra religiosa”. Aquí tenemos efectivamente una contradicción, pues la palabra „guerra“ se opone a la palabra „religión“, refiriéndose una al conflicto, la otra a la enseñanza y aplicación de los grandes principios divinos. ¿Qué escándalo mayor puede imaginarse que hacer la guerra en nombre de la religión? Y podemos estar seguros de que una religión que ordena a sus miembros tomar las armas ya no está en armonía con los principios que enseña. A menudo es el fanatismo el que conduce a tales excesos. El fanatismo es una forma de fervor que a menudo proviene de la religión pero que es condenada por ella. Los Diez Mandamientos abogan por la no violencia: (No matarás). Y nuestro querido Salvador enseñó: “Amen a sus enemigos”. Y, sin embargo, se mató a personas, aunque afirmaban ser cristianas e incluso en nombre del cristianismo.

En su libro El Mensaje a la Humanidad, F. L. A. Freytag denuncia el comportamiento de las tropas enemigas durante la guerra de 1939-1945: “El aullido de las granadas y el silbido de las balas mortíferas, los gritos de socorro, los incendios, los robos y los saqueos, éstas son las canciones que el cristianismo ha aprendido a cantar. Obviamente, había buenos católicos y buenos protestantes en los campos enemigos de ambos lados que se comportaron de esta manera”. Estas duras palabras son lamentablemente ciertas.

Todo esto fue obviamente perdonado en la cruz, por nuestro querido Salvador. Perdonado y hasta pagado. Pero a pesar de todo, todavía queda algo de carácter por desprenderse y cambiar. Y para ello será necesario invocar los méritos de Cristo, que fueron pretendidos como base para matar y que fueron así despreciados. Es comprensible que algunos tengan que emprender un serio trabajo de reforma.

Como bien dice Etienne Roch (autor del artículo), es hora de aprender el arte de la paz. Porque la paz es realmente un arte. Para nuestra sociedad es el período entre dos guerras. Pero la paz es mucho más que eso.

Werther encontró un empleo de ensueño en un salón de primera clase. La clientela hablaba de las carreras en el hipódromo. El joven escuchaba, recordaba sobre este tema las opiniones de los más aficionados. No lo comentaba, pero sacaba sus conclusiones e iba a apostar después para tal o cual caballo en las carreras. Y lo más asombroso es que ganaba casi de seguro.

Incluso se aprovechaba del casino. Su padre, que siempre se había desvivido para procurarle el pan a su familia, se quedaba atónito de la suerte de su hijo, y acabó por ir con Werther al casino, y vio como la suerte le permitía llenarse los bolsillos. “¿Cómo lo haces?”, le preguntaba. El joven, durante las vacaciones, se había alojado en un hotel, y cada noche apostaba en números que resultaban ganadores. El último día, ya tenía dinero suficiente para reanudar con la empresa de peluquería donde trabajaba.

Todo parecía ser eterno éxito para Wer-

ther. El presente lo colmaba y el porvenir le sonreía. Pero un día, de súbito, su padre falleció a la edad de 50 años. Un sombrío velo se extendió sobre toda la familia. Los más jóvenes aprendían aún, y la madre estaba abrumada de pena y de ansiedad. Werther, ante la amplitud del desastre, y al ser el primogénito, vio el deber que le incumbía y dejó hablar su corazón. Abandonó sus proyectos, su oficio, el brillante salón, las carreras del hipódromo, sus premios, para poder auxiliar a los suyos.

La parte económica se arregló, pero a los suyos el sentimiento moral no se les quitaba, y Werther estaba angustiado cuando vino a verle un compañero de escuela. Era maestro carpintero y hacía de sacristán provisional. Por eso, no esperaban luz ni consuelo de su parte; pero sólo vieron la buena intención de ese buen hombre que, sin ser obligado, se compadecía de la aflicción de otras personas. Luego la familia se quedó sorprendida al es-

cucharlo. Nunca habían oído a un sacristán hablar así. Sus explicaciones eran sensatas, y no se parecían en nada a las doctrinas de la iglesia.

Supieron que ese hombre, hacía algunos meses, había conocido una Obra proclamando la verdad y la venida del Reino de Dios en la tierra. Sus palabras eran de consuelo. Les dijo que el buen Maestro había venido a pagar el rescate de la pobre humanidad; que sería Jesucristo mismo quien llamaría a los muertos de los sepulcros y los resucitaría en el día prometido, cuya aurora brillaba en el horizonte. Así su madre quedó aliviada con el reflejo de este amor divino.

En el alma de Werther una luz penetró cuando se enteró de que sería inevitable la justicia en la tierra, y que sin ella nadie podía vivir. Todavía los últimos elementos estaban actuando para la venida del Reino del amor fraternal. ¿Acaso no había presentado Werther ese día cuando sólo tenía 12 años, y que sería

el camino del eterno triunfo, que le anunciaba cada primavera en el huerto de su padre?

Werther comprendía ahora el porqué de cerrársele los caminos del triunfo en el mundo. Pues ahora notaba en sí una sana reacción y la certidumbre de tener en sus manos el número ganador, y de ser introducido en la intimidad de una Obra capaz de vencer el mal en todo tiempo y en cualquier lugar. Después del derecho de primogenitura, recibía ahora el derecho de hombre nuevo, decidido por las cosas nuevas.

La asamblea donde se encontraban los amigos de la verdad había confirmado todo lo que él acababa de oír. Al tener esta esperanza, comprendió que su lugar no era en otra parte. Sin embargo, las obligaciones familiares le retuvieron, pues aún había de instruir a su hermano menor en el negocio. Así que Werther iba a vender de nuevo en los mercados de las ciudades de la Selva Negra, donde no dejaba de dar su testimonio.

